

A poco de cruzar ya el Novecientos, la poetisa se aparta de esa primera modalidad suave y melancólica, seducida por el brillo y la sonoridad verbales: brillo de gemas imperiales, sonoridad de metales guerreros, polifonía orquestal de vocablos. Trueca así la dulzura por el brío, la melancolía por la dulzura, la ironía por el énfasis. Es segura, en esta su nueva modalidad, la influencia del mexicano Díaz Mirón; es probable también la del uruguayo Vasseur.

De tal época son "Triunfal", "Invicta", "Rendición", "Heroica" y otros poemas en los cuales, al retador orgullo de la actitud, corresponde la verbalidad altisonante de la forma. Blasona en ellos, la poetisa, de una casta dureza, de una bravura pugil y de una olímpica soberbia, semejante a una amazona que, a la cabeza de sus ejércitos de palabras, presenta al mundo batalla nunca vista.

Yo soy como la firme roca erguida  
Que el olcaje amenaza en su bravura  
Y eternamente ante la mar vencida  
Su cresta eleva en la gigante altura.  
Como la cumbre hundida entre los cielos  
Más allá de los astros inmortales,  
Que no pueden tocar los raudos vuelos  
De las más fuertes águilas caudales.  
Es inútil que rujas y seguro  
Contra mi pecho tu potencia esgrimas,  
Yo tengo un corazón helado y duro  
Como la blanca nieve de las cimas.

Así como aquella primera modalidad heintana corresponde, en la vida de la poetisa, a su primera juventud, a su dulce y liviana primavera, esta segunda manera, enérgica, egolátrica y retumbante, —cuyo defecto esencial está en su énfasis verbalista— corresponde a la plenitud cenital de su exis-

tencia, al meridiano antártico de sus treinta años de virgen fuerte y orgullosa, admirada por sus talentos y amada por los hombres, a pesar de su zahereña coquetería.

En sus versos se mostraba entonces como en su trato personal: superior a cuantos la requerían, desdeñosa del mundo, indiferente e inaccesible al amor, desconcertando a todos con sus burlas, como si sólo esperase al superhombre digno de su soberbia. Como mujer, no era propiamente hermosa: pero su persona tenía dos poderosos hechizos: sus grandes ojos negros, de terciopelo, y su voz de un cálido timbre de contralto. Caprichosa en sus gustos, extravagante en sus actitudes, atrevida y desafiante en su conducta, se complacía en hacer lo contrario del señor *todo el mundo* y en "épater le bourgeois". Parecía convencida de que, a ella, y por ser ella, todo le estaba permitido.

En verdad, si no todo, le estaba permitido mucho. La alta burguesía mundana, tan celosa guardadora de las formas convencionales, le toleraba todas sus extravagancias; y hasta sus impertinencias, que las tenía. Invitada a fiestas y comidas, entreteníase en *boutades*. Lejos de censurársele, celebrábasela: "Locuras de María Eugenia", se decía.

Mucho de pose había en ello, ciertamente; mas, si no era tan loca como se hacía, distaba mucho de ser una mujer como las otras. Esa misma exacerbabación de su orgullo egolátrico, llevado luego hasta la tragedia, nos la presenta como una criatura excepcional y rara; bajo esa su pose intelectual y su risa burlona, se ocultaba una de esas "almas malditas", cuyo horror nadie, ni ella misma entonces, comprendiera.

Este segundo período de su vida y de sus versos, presenta asimismo dos distintas faces; tras los años